

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

Cuaderno 30 de ocho entregas

MADRID

JOSE ASTORT Y COMPAÑIA. EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

L47
2246

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS—MADRID

EL MANUSCRITO

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

en ocho

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

por

D. Eusebio Sainza

Cuaderno 30 de ocho entregas

MADRID

JOSE ASTORT Y COMPAÑIA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

faltan en el citado establecimiento próximos que espe-
ran y próximas que buscan.

Con frecuencia se ven rostros tristes y trasechos-
dos, semblantes pálidos, fisonomías famélicas.

Pero estos, afortunadamente, no constituyen la
gran masa de los concurrentes. Son alguno que otro
cómico sin ajuste, jugadores que han perdido la últi-
ma peseta, o hijos de familia que han echado una cana-

CAPÍTULO IV

al aire hablando la vigilia de la
La concurrencia del café Imperial tiene poco de
homogénea, porque allí acuden todas las clases de la

En el café Imperial

bas, agentes de negocios, cesantes que hablan de crisis
para entretener el hambre, militares de reemplazo, y
todo lo que constituye esa sociedad que bulle, que ha-

—Decididamente, para llenar el estómago por poco
dinero, no hay fonda como la de Botin.

Esto se dijo Gorrion saliendo del antiguo y acre-
ditado establecimiento de la Plazuela de Herradores,
en donde por diez reales habia comido como un prín-
cipe.

Desde allí se dirigió al café Imperial, porque esta-
ba dispuesto á obsequiarse con una taza de café y una
copa de ron, celebrando con esplendidez la nunca bien
ponderada y oportuna aparicion del espléndido y mil-
lionario tio californiano.

El café Imperial es un establecimiento verdadera-
mente alegre. Allí todo sonrie: los parroquianos son
generalmente gente de buen humor.

Colocado en un admirable punto de cita, nunca

faltan en el citado establecimiento prójimos que esperan y prójimas que buscan.

Con frecuencia se ven rostros tristes y trasnochados, semblantes pálidos, fisonomías famélicas.

Pero estos, afortunadamente, no constituyen la gran masa de los concurrentes. Son alguno que otro cómico sin ajuste, jugadores que han perdido la última peseta, ó hijos de familia que han echado una cana al aire burlando la vigilancia paterna.

La concurrencia del café Imperial tiene poco de homogénea, porque allí acuden todas las clases de la sociedad, y nunca faltan toreros, cómicos, entretenidas, agentes de negocios, cesantes que hablan de crisis para entretener el hambre, militares de reemplazo, y todo lo que constituye esa sociedad que bulle, que habla, que da puñetazos en la mesa y pasa horas y horas en el café, olvidando aquel sábio precepto inglés que dice: «El tiempo es oro.»

También concurren á este establecimiento media docena de usureros, que prestan á dos reales por duro al mes con garantía, sin que por esto se les indigeste el café, ni vean turbada la dulce tranquilidad de su envidiable sueño.

Cuando Gorrion entró en el Imperial, serian las ocho de la noche.

La casualidad le deparó una mesa vacía, no muy lejos de la que ocupaban los prestamistas. Se sentó, llamó al mozo, y con el tono imperativo del que tiene dinero, le pidió café, una copa de ron y media docena de tabacos habanos.

Un caballero que con otros dos se hallaba en la mesa inmediata, volvió la cabeza, y al ver á Gorrion, se dijo como si hablara consigo mismo:

—¡Ah, diantre! parece que está muy rico el criado del barón de Labra, y este es un buen síntoma para mí.

Y levantando la voz, añadió:

—Con permiso de ustedes, señores, me ha caído que hacer en la mesa inmediata.

Los amigos del que acababa de hablar tenían la costumbre de no asombrarse por nada; eran prestamistas, y por consiguiente sabian que para hacer negocio se necesita aprovechar la ocasion.

El caballero que nos ocupa se llamaba el señor Ruiz. Era un hombre de estatura mediana, de rostro sano y fisonomía viva. Su edad frisaría en los cincuenta años.

Cogió una silla y se sentó al lado de Gorrion, el cual levantó la cabeza, y al encontrarse al lado de uno de los más tenaces acreedores de su amo, se sonrió de un modo seráfico, y exclamó:

—¡Hola, señor Ruiz!...

—Buenas noches, Ventura.

Este era el nombre de pila de Gorrion.

—¿Quiere usted tomar café conmigo, señor Ruiz?—añadió Gorrion.

—¡Hombre, lo he tomado con mis amigos!—contestó Ruiz.

Y sonriéndose de un modo significativo, añadió:

—Me complace en extremo el convite que acabas

de ofrecérme, porque eso me indica que te hallas en fondos.

Gorrion hizo una mueca, al mismo tiempo que saboreaba una cucharada de café, y añadió:

—Efectivamente, señor Ruiz: hoy podría convidarle á usted, porque en busca de usted he venido á este café.

—¿De veras?—añadió Ruiz, dirigiendo una mirada de desconfianza á Gorrion.

—Tengo que proponer á usted un negocio.

—¿Necesita tu amo dinero? Pues te prevengo que llega en mala ocasion.

—¡Bah! no se trata de mi amo, se trata de mí.

—¿Eres tú el que lo necesitas?

—Tampoco.

—Explicate entonces.

—Pero tome usted algo; por lo ménos una copa y un buen tabaco; eso no se desprecia nunca.

—En fin, como quieras,—contestó el señor Ruiz, cogiendo un cigarro del canastillo que se hallaba sobre la mesa, y pidiendo al mozo una copa de curasao.

—Usted, señor Ruiz,—añadió Gorrion,—es un hombre de negocios, y casi me atreveria á jurar que está curado de espanto y no le asustan las proposiciones que se le hagan.

—Efectivamente, porque cuando no me convienen, no las acepto.

—Yo, por mi parte, comienzo por decir á usted, que me va cansando mi larga carrera de doméstico, y como he encontrado una persona que trata de prote-

germe, quiero como usted dedicarme á hacer negocios.

—¡Hola! ¡hola! ¡conque has encontrado un protector? Pues te prevengo, querido Ventura, que no hay hombre sin hombre, y te doy la enhorabuena por ese ballazgo.

—Pues sí, tengo una persona que me ha dicho: «Si necesitas dinero para hacer algun negocio que te convenga, cuenta conmigo.» Y yo pienso, desde mañana, dedicarme á comprar todos los créditos que tiene mi amo.

—¿Estás loco? ¿Sabes tú á lo que suben los pagarés firmados por el baron de Labra?

—Sí, señor; lo sé perfectamente. Hace más de dos meses que mi única ocupacion se reduce á recibir á sus acreedores, y calculo que mi amo debe de diez y seis á veinte mil duros.

—Sí, esa es aproximadamente la cantidad. A mí solo me debe ciento diez mil reales. Es verdad, que soy el acreedor más fuerte del baron. Pero hablemos con franqueza, Ventura. Cuando tú te decides á comprar los créditos de tu amo, es indudable que ves en perspectiva la rehabilitacion de la fortuna del señorito Ernesto.

—¿Quién lo duda? De otro modo no daría tres pesetas por todos los pagarés que ha firmado mi amo.

Los ojos del señor Ruiz se reanimaron, porque no hay prestamista á quien no se le alegre el alma cuando ve un buen negocio al alcance de sus uñas.

—Si tú fueras franco conmigo, ¡quién sabe! tal vez me decidiria á ser tu sócio. Habla, pues, con toda con-

fianza; díme lo que ocurre, que yo te juro que no has de tener motivo de arrepentirte de todas cuantas confianzas me hagas.

—Pues bien, señor Ruiz; aquí lo importante es recoger todos los pagarés de mi amo, dando por ellos la tercera parte de su valor. Casi todos los acreedores han perdido la confianza de cobrar; saben que el baron de Labra no tiene una peseta y que á sus reclamaciones contesta con una carcajada desesperante.

—Sí, sí, todo eso es muy cierto; pero en cuanto los acreedores se aperciban de que la posicion de Ernesto se halla próxima á cambiar favorablemente...

—Es que es preciso que no se aperciban de semejante cosa, y para ello conviene no perder el tiempo.

—¿Quieres decirme, con treinta mil de á caballo, lo que ocurre? Porque ya comprenderás que yo no puedo tomarme con mucho interés el negocio que me propones, mientras no tenga una seguridad completa de salir airoso.

—Pues bien, señor Ruiz,—añadió Ventura, despues de algunos instantes de vacilacion;—voy á confesarle á usted todo lo que ocurre, pero antes tengo que hacerle una advertencia.

—Hazla y acaba.

—El negocio que he venido á proponerle, puede darnos en dos dias ocho ó diez mil duros de ganancias, si usted sabe manejarlo con cierto tacto, y yo quiero la mitad de las ganancias.

—Es muy justo.

—Pero si se me engaña, si se abusa de mi buena

fe, le prevengo á usted que al que cometa conmigo semejante villanía, le probaré que no se burla nadie de mí.

—Bien, hombre, bien; no tengas ningún miedo, ni emplees la amenaza para convencerme. Yo soy un hombre que me gusta hacer negocios; pero por nada del mundo falto á mi palabra; saco al capital todo el rédito que puedo, exijo las más sólidas garantías, pero una palabra mia tiene la fuerza de una escritura pública. Así pues, yo te aseguro que aunque no firmemos nada, te cumpliré con religiosidad y exactitud lo que te ofrezco.

—Estamos conformes, y ya sin reserva voy á revelar á usted lo que ocurre, para que hagamos el negocio á medias. El tío de Indias, que usted y todos los demás acreedores tomaban á broma, acaba de llegar con una fortuna de ciento treinta millones.

—¡Qué es lo que me dices!—preguntó con asombro el señor Ruiz.

—Lo que acaba usted de oír. Don Joaquin de Labra, tío carnal de mi señorito Ernesto, ha llegado esta mañana de California, y se halla hospedado en el hotel de Paris. Es soltero y viejo; no tiene más herederos que á su sobrino, á quien mandó llamar apenas llegó á Madrid, para decirle que todas sus penalidades y escaseces habian concluido.

Y como el prestamista, absorto ante aquella inesperada nueva, no tenia ni aun valor para pronunciar una palabra, Gorrion continuó de este modo:

—Ya ve usted, señor Ruiz, que el asunto vale la

pena de que nos ocupemos de él con algun detenimiento.

—Sí, sí, ¡diantre! ¡vale la pena, ya lo creo! Y ahora comprendo que seria un buen negocio comprar todos los créditos que tiene el baron, porque su tio, siendo tan rico, no ha de consentir que el sobrino esté entrapado hasta los ojos.

—De ninguna manera: don Joaquin, despues de abrazar con paternal cariño á su sobrino, se ha enterado con gran interés del estado de su fortuna, y al saber que no le quedaba otra cosa que deudas, le contestó riéndose: «No te apures, yo pagaré á tus acreedores, y asunto concluido.»

El señor Ruiz era receloso y desconfiado como buen prestamista, y sospechó si todo aquello seria un cebo que Gorrion le echaba para obligarle á que le hiciera otro préstamo al baron.

—Puede hacerse en realidad un buen negocio,—dijo despues de una corta pausa,—si el tio es efectivamente rico y se halla dispuesto á pagar las deudas de su sobrino, porque los acreedores tienen tan poca confianza en cobrar, que venderian baratos sus pagarés.

—Me ofenderia esa duda, señor Ruiz, si no comprendiera que los hombres de negocios como usted deben asegurarse bien antes de soltar el dinero; pero para tranquilizarle, le diré que esta mañana cuando mi amo recibió la carta de su tio noticiándole su inesperada llegada é invitándole á almorzar con él, dudábamos como usted mi amo y yo, de que aquella suerte

fuera verdad; pero mi amo se presentó en la fonda, almorzó con su tío, y regresó á la caída de la tarde con los bolsillos llenos de oro, y dándome una onza para que yo celebrara tan fausto acontecimiento; despues de referirme que su tío le habia ofrecido nombrarle su heredero y pagar sus deudas, se despidió de mí, concediéndome libertad hasta la una de la noche.

El señor Ruiz comenzó á creer que Gorrion no le engañaba, y como no hay prestamista á quien no se le alegre el alma ante la idea de un buen negocio, dirigiendo á su interlocutor una sonrisa verdaderamente protectora y dándole unas palmaditas cariñosas en la espalda, le dijo:

—Querido Ventura, yo soy hombre práctico, y tengo mucho mundo; conozco más que otros lo que vale un duro, y sé por experiencia que al hombre pobre todos le desprecian. Tú eres listo y tienes buen entendimiento. Lo difícil es adquirir los primeros mil duros; luego con un poco de tacto, los negocios se van presentando con facilidad. En Madrid nunca faltan hijos de familia que necesitan dinero, y á estos, como no les duelen prendas, se les puede apretar la mano. Si te portas bien y eres leal para conmigo, pronto un nuevo porvenir se abrirá ante tu paso, y en vez de ser criado tendrás quien te sirva.

Y el señor Ruiz, bajando la voz, añadió:

—Si tú quieres, podemos explotar grandemente al baron y á su señor tío.

—¿Que si quiero?... No deseo otra cosa.

—Hace poco me has dicho que la fortuna del tío

del baron de Labra llegaba á la cifra fabulosa de ciento treinta millones.

—Así lo dijo mi amo.

—Pues bien; aunque de esa cifra quitemos el cincuenta por ciento, le quedarán á ese señor sesenta y cinco millones; una fortuna que podríamos llamar de príncipe. También me dijiste, si mal no recuerdo, que trataba de comprar un palacio en la Castellana.

—Es la verdad.

—Entre mis muchos clientes que tienen coches y lacayos con librea, se cuenta un señor que, no bastándole una fortuna de doce millones, se metió en la Bolsa en tan mal hora y con tan mal cálculo, que hoy se halla, como vulgarmente suele decirse, con el agua al cuello. Este señor tiene un bonito palacio en la Castellana, y trata de venderle con muebles, carruajes y todo lo que contiene. Si tú lograras que yo tomase parte en esta venta y compra, podíamos tener una prima regular, que serviría de base á tu naciente fortuna. No lo eches en olvido, mientras yo procuro reunir los pagarés de tu amo con el mayor descuento que pueda. Así pues, mañana á las dos de la tarde te espero en este mismo café.

—No faltaré.

—Ahora, con tu permiso, voy á reunirme con mis amigos.

El señor Ruiz estrechó la mano de Ventura, y este, despues de pagar al mozo, salió del café Imperial con el aire de un conquistador, y diciéndose para su capote:

—La venta del palacio y el cobro de los pagarés, pueden producirme algunos miles de duros. Con esta base y un maestro como el señor Ruiz, creceré como la espuma, y un hombre que tiene por delante tan bonito porvenir y un puñado de duros en el bolsillo, bien puede permitirse ir al teatro de los Bufos á ver las pantorrillas de las suripantas.

Y Gorrion, alegre como un colegial en dia festivo, se dirigió á buen paso al teatro de Arderius.

EL MANUSCRITO DE LINA ALBARRAN

—La venta del palacio y el cobro de los pagarés pueden producirme algunas miles de duros. Con esta base y un atestado como el señor Ruiz, creceré como la espuma, y un hombre que tiene por delante tan bonito porvenir y un puñado de duros en el bolsillo, bien puede permitirse ir al teatro de los Rufo á ver las pantomimas de las sujeciones.

Y Gordon, abogado, al en día festivo, se dirigió á buen paso al río de Ardenas.

CAPÍTULO V

¡Dinero! ¡dinero! ¡dinero!

El dinero tiene el poder mágico de allanar grandes dificultades y destruir obstáculos, por poderosos, por invencibles que parezcan, y no en balde se dice, que pocas puertas resisten á una llave de oro.

El dinero es el dios del siglo, á quien la sociedad rinde una adoracion, que tiene tanto de vértigo como fanatismo.

El hombre rico adquiere entre sus semejantes una fuerza moral superlativa, porque el oro todo lo embellece, todo lo hermosea, ménos el alma y las deformidades del corazon humano.

Pero ¿quién ve el alma, quién ve el corazon á través de los diamantes, de la seda y del paño de Sedan?

La vista se fascina, el espíritu se aturde, y se rinde adoracion juzgando desgraciadamente por el exterior.

Cuando la corteza es de oro, muy pocos son los que se fijan en que el fondo puede ser de cieno.

Ejemplos mil nos presenta la sociedad, de hombres y mujeres, que despreciaríamos si no se hallaran encumbrados sobre el becerro de oro.

El que posee una gran fortuna y no le duele gastarla; el que se ha enriquecido aunque sea á costa de las lágrimas de la desgracia, si es espléndido y dadivoso, la sociedad pequeña y rastrera le rinde adoracion, porque el espíritu de independenciam y de puritanismo va siendo un mito en el siglo del vapor y del telégrafo eléctrico.

Poseer mucho oro, es poseer una varita de virtudes, que, como los polvos de la madre Celestina, el anillo del marqués de Villena, la pata de Cabra y otros mil amuletos soñados por los poetas, lo consigue todo, y es, por decirlo así, dócil esclavo del deseo.

Sólo dos cosas no puede adquirir el rico, cuando ha hecho su fortuna de un modo infame: la tranquilidad del sueño y la paz de la conciencia. Si muchos ricos pudieran comprar el olvido, darian por él la mitad de su fortuna; pero Dios, que así lo ha dispuesto, es un juez á quien los poderosos de la tierra no han podido sobornar nunca desde el dia que brotó la luz ante el poder de su palabra, ni sobornarán jamás hasta el terrible instante anunciado por San Juan en el Apocalipsis.

Pero dejando á los ricos con sus conciencias más ó ménos sobresaltadas, y sin entrometernos en buscar el origen de algunas grandes fortunas, diremos de paso, que la que trajo de California don Joaquin de Labra,

tio de Ernesto, era bien adquirida, pues tenia su base en el santo y noble trabajo.

Don Joaquin deseaba establecerse en Madrid en una casa propia, y como los ricos pueden realizar la mayor parte de sus deseos, á los tres dias de su llegada, gracias á la actividad del señor Ruiz, habia adquirido un hermoso palacio en la Castellana de reciente y elegante construccion, y amueblado con todo el gusto y las exigencias de la época.

Compró tambien tres carruajes y dos troncos de caballos, y gracias á trescientos cincuenta y nueve mil duros, pudo llamarse dueño de aquella elegante y preciosa finca.

Inmediatamente el tio y el sobrino se instalaron en el palacio de la Castellana.

Gorrion siguió á su amo con el empleo de ayuda de cámara. El tio pagó todas las deudas del sobrino, y el señor Ruiz hizo con esto un buen negocio, entregando una tercera parte de las ganancias al nuevo ayuda de cámara, que tanto le habia ayudado.

Gorrion, viéndose desde este instante poseedor de seis mil duros, pensó como la mayor parte de los españoles, en crearse una renta comprando papel del Estado, y así lo hizo.

Sin embargo, ocultó á su amo su modesta fortuna, y continuó desempeñando su plaza de ayuda de cámara, procurando olvidar el pasado y dedicándose con fe al desempeño de las nuevas funciones de su presente.

Mientras tanto, pasaban los dias.

Ernesto habitaba el piso bajo del palacio; don Joa-

quin el principal, y la mayor armonía reinaba entre el tío y el sobrino.

En cuanto á Zulma el negro, excusado es decir que no se entrometia en ninguno de los asuntos de la casa. Su verdadera ocupacion era fumar, aculotar las pipas de su amo, y tenerlas siempre limpias y brillantes.

Don Joaquin habia elegido con gran detenimiento la pieza de fumar. Era un pequeño gabinete con vistas al jardin. Tenia una chimenea de mármol negro de Bélgica, y como daba la circunstancia de que estaba escayolada de blanco, solia decirle sonriéndose á su leal criado Zulma:

—Hombre, me gustaria poder aculotar esta habitacion. Tentado estoy por ponerle unos filetes de ámbar y mandar que me hagan unos medallones de escultura de espuma de mar, y luego colocamos un brasero de plata en mitad de la habitacion, y á fuerza de quemar tabaco, quién sabe si lograríamos tener *culotte* las paredes y el techo.

A Zulma le pareció esto un gran pensamiento, y don Joaquin, como era rico y podia permitirse todos los caprichos, escribió á Paris pidiendo lo que necesitaba para realizar su pensamiento.

Mientras tanto, se entretuvo en arreglar todas sus pipas y todas sus boquillas. Aquel gabinete tomó el carácter de un museo: sus mil setecientas setenta y dos pipas, ó boquillas, fueron colocadas por la habitacion de un modo tan artístico como caprichoso.

Don Joaquin estaba loco de contento: se creía el sér más feliz de la tierra. Sentia la satisfaccion del

hombre que despues de ímprobos trabajos y penosos esfuerzos, llega á un punto donde nadie ha llegado; y por eso cuando entraba en su cuarto de fumar, solia decirse, respirando con gozo:

—Nadie posee una coleccion tan rica y variada de pipas como yo; soy el rey de las pipas. Si otro hombre tuviese más aficion y más gusto en esta materia, seria para mí un desengaño terrible, y quién sabe si la desesperacion me conduciria al suicidio. Pero no, no; estoy seguro que nadie raya donde yo rayo.

Y soltando una ruidosa carcajada, dirigió en derredor suyo una mirada de gozo, preguntándole al negro:

—¿No es verdad, Zulma, que yo soy el rey de las pipas?

—¡Ah! ¡quién lo duda!—contestaba el negro, despidiendo una bocanada de humo y riéndose con la misma entonacion de su amo.

¡Pobre don Joaquin! El ignoraba que en Madrid existe un escritor, que sin haberse enriquecido en las minas de California y sin más patrimonio que su pluma y su talento, podia disputarle el glorioso título de rey de las pipas.

Este escritor se llama Eduardo Lustonó, y apenas transcurre una semana sin que enriquezca su coleccion de boquillas con un nuevo producto de espuma de mar y de ámbar, debido al ingenio caprichoso de algun artifice extranjero.

Cuando Lustonó se presenta en nuestra mesa del café Suizo ocho dias seguidos con una misma pipa en la boca, nos causa una verdadera admiracion, y todos

nos decimos: «Mañana, lo más tarde, traerá otra nueva.»

Y efectivamente, así sucede: transcurren veinticuatro horas, y Lustonó entra por el Suizo con una pipa nueva, siempre caprichosa, siempre elegante, y nos hace exhalar un grito de admiración, y pasa de mano en mano para ser examinada.

¡Ah! indudablemente don Joaquín de Labra no conocía á mi amigo Lustonó, porque se hubiera muerto de envidia ó de desesperación, á no ser que, siguiendo el ejemplo de los ricos caprichosos, le hubiera propuesto comprarle las pipas, lo que le hubiera costado bastante caro, porque Lustonó es un buen aficionado, y prefiere sus pipas al dinero que en realidad valen, puesto que las compra precisamente porque tiene gusto en ello.

Perdona, querido Eduardo, si te hago tomar parte, aunque ligeramente, en estas páginas, que escribo para entretener el ocio de mis lectores; pero tu nombre en mi libro, no supone otra cosa que una prueba del cariño que te profeso.

Pero volvamos á reanudar la interrumpida narración de nuestra historia.

Ernesto entró en el cuarto de fumar de su tío, en donde don Joaquín y Zulma, convertidos en dos chimeneas, se hallaban sentados uno enfrente del otro, y fumando á dúo de un modo verdaderamente democrático.

—¿Almuerzas hoy conmigo?—preguntó don Joaquín á Ernesto.

—Sí, querido tío, y por cierto que tengo buen apetito, porque he madrugado mucho.

—¿Tenías que hacer?

—He ido á ver un caballo; ¡precioso animal!

—¿Lo has comprado?

—Quisiera que lo viese usted antes.

—¡Bah! gustándote á tí...—contestó don Joaquin, haciendo al mismo tiempo un movimiento con los hombros.

—Sin embargo, como es un caballo de precio, árabe de raza pura, piden veinticuatro mil reales.

—Pues bien; si te gusta, que vengan á cobrar, y asunto concluido.

—Es usted el mejor de los tios.

Y Ernesto, introduciendo la mano derecha en el bolsillo del pecho de su levita, sacó un elegante estuche de tafíete, y dijo sonriéndose:

—He comprado esta boquilla para usted...

—¡Una boquilla! ¿á ver?—añadió don Joaquin extendiendo la mano y abriendo los ojos como si hubiera visto á sus piés una mina de oro.—¡Diantre! ¡sabes que es preciosa!... ¡y de muy buena calidad! ¡te habrá costado cara!

—Ochocientos reales.

—En América hubiera costado doscientos pesos; tengo una bastante parecida á esa.

—Celebro mucho que sea del gusto de usted.

—Zulma, toma esta pipa y comienza á aculotarla; pero te encargo tengas cuidado, pues ya ves que es muy delicada.

La boquilla era un verdadero capricho, delicadamente ejecutado.

Consistia en un trozo de ámbar opaco, cuyo rema-

te era una mano perfectamente modelada, de ámbar también, y esta mano sostenía la cabeza de una mujer, tan encantadora como provocativa, de cuyo gracioso sombrerito caía un velo que la llegaba hasta la boca.

Este velo estaba hecho tan delicadamente, que á través de él se veían todas las facciones de aquella magistral escultura.

Don Joaquin abrazó á su sobrino en agradecimiento del regalo, y cogiéndole del brazo, añadió:

—Vamos á almorzar; Zulma, vuelvo á recomendarle la pipa que acaba de regalarme mi sobrino; á tu maestría poco comun la confío. Hasta luego.

Ernesto nada dijo; pero pensaba para su capote, que no era poca fortuna la suya el que su tío Joaquin hubiese venido de California con ciento treinta millones de reales, dispuesto á aculotar pipas mientras él gastaba su dinero.

CAPÍTULO VI

Los vivos y los muertos.

Instalado en Madrid con casa propia y todo el tren que correspondía á su fortuna, don Joaquín creyó muy conveniente pasar una esquila de invitacion á sus amigos de antaño.

Pero al concebir esta idea, se le ocurrió otra, á saber, que muchos de sus amigos, ó habrian muerto, ó cambiado de residencia.

Cogió la pluma y un pliego de papel, y comenzó á escribir nombres de antiguos amigos, esperando que su sobrino, que no se habia movido de Madrid, le indicaria los fallecidos y los ausentes.

Cuando llegó al conde de la Fe, se dijo:

—Este sí que sentiria que se hubiera muerto. Nos queriamos como hermanos, y hemos corrido más de una aventura juntos.

Aquella misma tarde, cuando fué á comer Ernesto, don Joaquín le dijo:

—¿Sabes que se me ha ocurrido ofrecer mi casa á todos mis antiguos amigos?

—Me parece bien, querido tío. Esa es una costumbre á la que no debe faltarse nunca.

—Pero sospecho que en más de veinte años que hace que no les veo, muchos de ellos habrán emprendido el camino de la eternidad.

—Eso es muy probable,—contestó sonriéndose Ernesto.

—¡Ah! ¡y tan probable, querido sobrino! Cuando uno tiene la fortuna de pasar de los sesenta, vuelve los ojos en derredor suyo, pasa una revista por su memoria, y ve con sentimiento que muchos le precedieron, abandonando el mundo de los vivos, y esto es un aviso que nos grita al oído: «Pronto te tocará á tí la vez.»

—¿Y qué remedio? Todo lo que nace muere, y es preciso resignarse.

—Sí, sí, diablo, ya lo sé; también me resigno yo, y no esperes que por eso pierda mi apetito y mi buen humor. Así pues, invitaremos á los que vivan, y no me desagradará ver reunidos una noche á la semana en mi casa, tomando una taza de café y fumando un buen tabaco, á mis antiguos camaradas. Pero tú, que no te has movido de Madrid, tal vez conozcas á muchos de ellos, y podrás darme alguna noticia que me ahorre el trabajo de enviarles esquila de invitación. Comienzo, pues, por preguntarte por el mejor de mis amigos, por el más íntimo, por el conde de la Fe.

Al oír este nombre, Ernesto no pudo contener un movimiento, porque el conde de la Fe le recordaba una

época de su vida, durante la cual su conducta no había sido muy digna.

Nuestros lectores recordarán, que necesitando el conde de la Fe un jóven que inspirara celos á Daniel, había buscado al baron de Labra, pagándole generosamente su trabajo.

Esta farsa había dado por resultado un desafío, cuyas condiciones arregló tambien por dinero el conde de la Fe.

En aquella ocasion, Ernesto no había sido otra cosa que un don Juan Tenorio alquilado para representar una farsa; y Ernesto, que deseaba pasar á los ojos de su tio por un jóven digno y acreedor á ser su heredero, temia que el conde de la Fe revelara algunas particularidades de su vida, no muy santa, á don Joaquin.

Pero, por otra parte, siendo el conde de la Fe una persona muy conocida en Madrid, no podia ocultarle, sin grave riesgo de ser desmentido, que existia y disfrutaba de cabal salud.

Así pues, se resolvió á decir la verdad, si bien reservándose el derecho de parar el golpe haciendo una visita al conde de la Fe antes de que este tuviera la primera entrevista con su tio don Joaquin.

—Empieza usted bien el catálogo de sus amigos,— dijo Ernesto, procurando sonreirse.—El conde de la Fe vive sano y bueno.

—¿De veras? Me das una gran noticia, y me alegro infinito. ¿Supongo que tiene su residencia en Madrid?

—En la calle del Arenal.

—Entonces iré á verle mañana mismo. Estoy se-

guro que se alegrará tanto como yo, de darme un abrazo.

—No se moleste usted, querido tío, porque el conde de la Fe se marchó hace dos meses al extranjero, y creo que aún no ha vuelto.

—Pues bien; procura enterarte si ha regresado.

—Esta misma noche iré á su casa.

Don Joaquin continuó haciendo preguntas á su sobrino, y este satisfacía la curiosidad natural de su tío, contestando lacónicamente: «muerto, vivo.»

Por último, el americano, dándose una palmada en la frente, como si le acudiera en aquel momento á la memoria algun nombre importante, volvió á preguntar:

—¿Hombre, sabes tú qué se ha hecho de un coronel muy dado á los pronunciamientos, tan valiente como buen mozo, y que no dejaba de figurar en nuestra sociedad? Se llamaba Pedro Lostan.

—¡Ah! don Pedro Lostan vive tambien, y es hoy nada ménos que general y marqués, posee una gran fortuna, y es padre de una hermosa jóven, que forma todos sus encantos y reasume todas sus ambiciones.

—¿Conque vive, y es general y marqués? No me extraña en verdad su encumbramiento. Pedro era ambicioso y tenaz, y yo siempre he creído que si no le mataba una bala, llegaría á general.

Indudablemente cruzó alguna idea por la imaginación de Ernesto, y preguntó á su tío:

—¿Es usted muy amigo del general Lostan?

—Hombre, lo he sido mucho en otro tiempo, cuan-

do sólo tenía su espada y su empleo de coronel; hace más de veinte años que no le veo, pero supongo que no rechazará mi amistad, pues si él es general y marqués, yo soy millonario, y váyase lo uno por lo otro.

—Pues bien, querido tío; anticipadamente, y por si llega usted á tener alguna influencia con el general, voy á decirle que no me disgustaría casarme con su encantadora hija.

—¡Hola, hola! ¿comienzas á tener pensamientos de hombre formal? En verdad que no me disgusta que ya pienses en tomar estado; pero esa es una cuestion grave, que conviene meditarla mucho.

Ernesto no olvidaba la frialdad con que Clotilde habia recibido sus galanterías. Su amor propio, pues, se hallaba resentido, pero las cosas habian cambiado mucho con la presencia inesperada de su tío en Madrid.

Un protector que posee ciento treinta millones puede hacer milagros, y á Ernesto se le ocurrió rápidamente la idea de emplear el apoyo de su tío, para conseguir lo que por él solo, y siendo pobre, no hubiera logrado jamás: la mano de Clotilde.

Por otra parte, este deseo repentino de matrimonio, no era todo amor. Ernesto, que se habia visto casi abrumado por la pobreza, perseguido por sus acreedores, y con un porvenir negro como una noche de tempestad, temia que por uno de esos caprichos tan propios de la vejez, se le escapara de las manos la inmensa fortuna de su tío.

Estos temores de Ernesto eran lógicos.

Don Joaquin, á pesar de sus sesenta años, se ha-

llaba fuerte, sano y agil: era, como suele decirse, un viejo fresco, á quien no le faltaba ni un diente, ni una muela, y estos viejos son temibles, sobre todo cuando han permanecido solteros toda su vida.

Si á don Joaquin se le ocurría la idea de casarse con una muchacha joven, Ernesto podia contarse perdido, y si de este matrimonio resultaba un hijo, entonces el baron de Labra quedaba arruinado.

Ernesto calculó que ante todo, y sin pérdida de tiempo, era preciso asegurar su porvenir, crearse una fortuna propia, obligar á su tio á que le diera algunos millones que le pusieran al abrigo de todas las eventualidades de la vida por los caprichos de un viejo.

Si lograba su propósito, es decir, si con la influencia y los millones de su tio conseguia casarse con Clotilde, además del gran dote de la novia, era lógico esperar otro dote de parte de su tio, y una vez dueño de doce ó veinte millones, su mision sobre la tierra consistia en tener contento á don Joaquin, esperando tranquilo la hora de su muerte para apoderarse entonces del resto de su fortuna.

Concebido este plan, se propuso realizarle, aunque le parecia habia de encontrar bastantes dificultades.

—Tengo la seguridad, querido tio,—añadió Ernesto, reanudando la conversacion,—de que cuando usted conozca á la hija del general Lostan, me va á tener por hombre de muy buen gusto en materia de mujeres.

—No lo dudo; pero yo, que siempre he tenido un miedo espantoso al matrimonio; yo, que he sabido librarme con heroismo de todas las tentaciones femeni-

nas; yo, que soy tu tío y debo ejercer contigo las funciones de padre, puesto que el tuyo tuvo el mal gusto de morirse, te diré que no basta que una mujer tenga bonito el rostro y elegante el cuerpo; pues necesita otras condiciones, sin las cuales es imposible que haga la felicidad del hombre que se una con ella.

—Es que la hija del general Lostan posee esas condiciones, querido tío.

—Allá lo veremos. Un casamiento no es escopetazo de pícaro; pero cuenta conmigo, si esa muchacha es tal y cual tú dices. Pero no te olvides esta noche de enterarte si el conde de la Fe está en Madrid, pues quisiera visitarle mañana.

CAPÍTULO VII

Donde Ernesto visita á su antiguo protector

Serian las nueve de la noche del día que nos ocupa, cuando una berlina, tirada por dos hermosas yeguas castañas, se detuvo ante el lujoso portal de la casa del conde de la Fe.

De esta berlina bajó un jóven elegantemente vestido. Era el baron de Labra.

Entró resueltamente en el portal, y sin tomarse la molestia de saludar al portero, que se habia quitado la gorra para saludarle, le preguntó:

—¿Ha llegado el señor conde?

—Sí, señor baron,—contestó el portero inclinándose;—ha llegado esta mañana.

Ernesto subió la escalera tarareando un aire de *La Favorita*, y llegó al piso principal, que era el que ocupaba el conde.

Un criado de librea se hallaba á la puerta, tieso, inmóvil y como impidiéndole el paso.

—Anúncieme usted al señor conde,—le dijo.—Tengo precision de verle en el acto.

—Dispense usted, caballero,—contestó el criado;— el señor conde no recibe hoy á nadie.

—¡Bah! eso no reza conmigo. Dígale usted que quiere verle el baron de Labra, porque tiene que hablarle de cosas tan urgentes como importantes.

—Sin embargo, caballero, yo tengo la órden...

—Si sabremos aquí lo que son esas órdenes. Le digo á usted que me anuncie, y acabemos esta cuestion.

Ernesto pronunció estas palabras con tal imperio, con tal entonacion de mando, que el criado, aturdido, no se atrevió á desobedecerle.

Un momento despues, Ernesto era introducido en el despacho del conde de la Fe.

El viejo aristócrata, sentado junto á una mesa, se entretenia en tomar café y leer un periódico.

Una riquísima lámpara, cuya ancha pantalla recogia todo el foco de luz, vertiéndolo sobre la mesa y dejando casi en tinieblas los ángulos de la habitacion, ocultaba por completo al conde, hundido en una butaca.

Ernesto avanzó hasta colocarse á dos pasos de distancia del conde, y este entonces, levantando la cabeza, le preguntó con gran naturalidad:

—¿Qué diablo ocurre, que así obliga usted á mis criados á que falten á la consigna que les doy?

Ernesto, despues de dirigir una mirada en derredor suyo, y persuadido de que se hallaban solos, cogió una

silla, la colocó junto á la butaca del conde, y dijo:

—Ocurren, señor conde, cosas fabulosas, dignas de figurar en una comedia de mágia, y como usted ha sido siempre mi protector, mi noble amigo y mi leal consejero, yo tan pronto como he sabido su regreso, me presento, á fuer de hombre agradecido, á darle á usted cuenta de todo lo que sucede.

—Hablemos pues; pero tomando café si á usted le parece,—contestó el conde.

—El café y el tabaco nunca se desairan,—añadió Ernesto, sirviéndose una taza.

Y despues de encender un tabaco, añadió:

—En primer lugar, debo decirle á usted, señor conde, que mi situacion ha cambiado notablemente.

—De lo que me alegro infinito,—contestó el conde sonriéndose.

—Hace algunos dias me hallaba amenazado por el hambre, la desesperacion y el suicidio; no tenia adónde caerme muerto, y hoy, gracias á las combinaciones absurdas de la casualidad, veo en lontananza una fortuna de más de cien millones de reales.

—¡Diantre!... ¿sabe usted, baron, que el cambio es verdaderamente notable?...

—Ya he tenido el honor de decir á usted, que se trataba de un asunto prodigioso, casi mágico.

—Me tiene usted con grande curiosidad, y le ruego que no la demore mucho tiempo.

—Pues todo ello se reduce á que acaba de llegar de California un tio carnal, que trae consigo una fortuna insolente, nada ménos que ciento treinta millones.

—¿Sabe usted, baron, que es un gran tío el tío de usted?—repuso el conde riéndose.

—Creo que es el más grande y el más oportuno de la creación, y dudo que se encuentre otro que posea las condiciones que él.

—Opino lo mismo; pero adelante con la historia.

—En primer lugar, mi tío, no solamente se ha enriquecido á fuerza de trabajar, sino que tuvo la gran virtud de permanecer soltero, sin duda porque el ángel de mi guarda así se lo aconsejó, para que con el tiempo pudiera nombrarme su heredero universal, pues soy su único pariente.

—Comprendo que ha sido para usted fortuna, y no poca, la inesperada vuelta de su señor tío...

—A quien usted conoce.

—¿Yo?

—Pues él, á pesar de sus millones y sus largos años de ausencia, me ha hablado de su antiguo amigo el conde de la Fe.

—Sí, efectivamente; ahora recuerdo que fui amigo de un hermano del padre de usted, que se marchó á América hace más de veinte años.

—Pues bien; mi tío Joaquin es el que acaba de llegar convertido en millonario, y yo, cumpliendo sus deseos, vengo á anunciarle á usted que mañana recibirá su visita.

—Con mucho gusto, baron, porque Joaquin y yo hemos sido buenos amigos en nuestras mocedades.

—Ahora, señor conde, que he cumplido el encargo de mi tío, si usted me lo permite, voy á hablarle por

cuenta propia. Entre nosotros sería inútil andar con rodeos y palabras ambiguas; nos conocemos perfectamente, y no debemos emplear más que un lenguaje franco y abierto. Usted sabe, señor conde, que yo estoy arruinado, y que mi ruina es hija, no de la desgracia, sino de los vicios, de mi mala conducta, de mi cabeza ligera.

Y Ernesto sonriéndose, añadió:

—Ya ve usted que me trato con una severidad digna de elogio.

—Efectivamente, y le aconsejo que continúe por ese camino, que es el mejor.

—Mi tío ha llegado á Madrid con una oportunidad que yo no me cansaré nunca de elogiar. Espléndido y cariñoso conmigo, al saber el mal estado de mi fortuna pagó mis deudas, y abriéndome los brazos como un padre, me obligó á que me fuera á vivir con él; y efectivamente, me hallo instalado en su hermoso palacio de la Castellana, viviendo con todas las comodidades y disfrutando de todas las prerogativas y ventajas del hijo único de un millonario. Mi tío se ha portado con tal delicadeza, que aún no se ha tomado siquiera la molestia de averiguar la causa de mi ruina. Ahora bien, señor conde: como mi historia tiene algunos puntos negros, algunas manchas que no me honran mucho, espero de la bondad de usted, que cuando mañana se presente aquí mi tío á ofrecerle su casa, si se habla de mi persona, la enaltezca usted á sus ojos, pues yo sé que han de ser las apreciaciones de usted de mucho peso para mi querido tío.

—Comprendo perfectamente lo que usted quiere,

Ernesto; que disculpe su ruina, y eso es un deber en mí, aunque no sea más que por los buenos servicios que en otras ocasiones me ha prestado.

—Y que estoy dispuesto á prestar siempre, aunque no sea más que como una prueba de mi agradecimiento. Yo he cometido, señor conde, muchas tonterías; he hecho bastantes locuras, pero como he cumplido los treinta años, al verme instalado cómodamente en el piso bajo del palacio de mi generoso tío, he hecho también propósito de enmienda, y quiero que comience para mí una vida nueva. El porvenir me sonríe por todas partes; sería un insensato si le dejara escapar, cometiendo nuevas imprudencias; pienso, pues, aprovechar el tiempo y ganar lo perdido. Nada ocultaré á usted, á quien estoy acostumbrado á mirar como á mi generoso protector. Pienso casarme.

El conde hizo un brusco movimiento, como para expresar la sorpresa que le causaba la inesperada salida de Ernesto.

—Sí, pienso casarme, señor conde, y diré á usted las causas por que me hallo resuelto á llevar á cabo tan temeraria empresa, confiando en que usted, después de oírlas, me dará un buen consejo.

El conde guardó silencio, y Ernesto, después de saborear un par de sorbos de café, volvió á decir:

—El hombre que nace rico, que hereda de sus padres una fortuna decente, que se acostumbra desde niño á vivir con cierto lujo, y luego, perdiendo hasta la última peseta, llega á conocer las enojosas é insoportables privaciones de la pobreza, aprende mucho en esta

vida, porque nada hay tan horriblemente feo como la miseria. La experiencia, pues, señor conde, me ha enseñado que hoy que vuelve á sonreirme la fortuna, debo obrar con gran prudencia, y aprovecharme de ella.

—¿Y por eso quiere usted casarse?

—Sí, por eso. Pero aún no lo he dicho todo. Mi buen tío don Joaquin ha cumplido los sesenta años, y permanece aún solterito. Hoy por hoy, supongo que está muy lejos de su mente la idea del matrimonio; pero la casualidad, madre de los grandes acontecimientos de la vida, podía presentarle mañana delante de su paso una de esas mujeres que fascinan, que enloquecen, y como ciento treinta millones de fortuna lo rejuvenecen y embellecen todo, podría suceder que á mi tío se le ocurriese casarse.

—Veo que es usted un hombre precavido,—repuso el conde sonriéndose.

—La desgracia enseña mucho. Y volviendo á mi relato, diré, que si á mi tío le ocurriese la locura de casarse, este matrimonio podía ser fatal para mí.

—¿Quién lo duda!

—Por lo mismo he tenido el pensamiento de casarme yo antes, y de este modo, con el dote de mi mujer y la cantidad que dé mi tío para mi emancipacion, puedo reunir una fortuna mia independiente, puesta al abrigo de los caprichos de la vejez. Y esto, señor conde, deseo realizarlo pronto, hoy mejor que mañana, porque hoy mi tío se halla dispuesto á concedérmelo todo, y mañana tal vez cambie de parecer y no quiera concederme nada.

—No es malo el plan; pero ¿ha pensado usted que para casarse y para realizar el pensamiento que desea, se necesita encontrar una mujer rica? Porque supongo que usted no querrá contraer matrimonio con una pobre.

—¡Oh! nada de eso, me asusta la pobreza.

—Entonces tendrá usted elegida la mujer que reasuma todos sus deseos?...

—Sí, señor.

—Veo que tiene usted adelantado el negocio.

—No tanto como usted cree, señor conde.

—No comprendo...

—Yo he elegido la mujer que me conviene, la que llenaría por completo mis deseos y mi ambición, la que dejaría satisfecho mi amor propio; pero dudo si yo le convendré á ella, y para conseguir eso necesito la protección de usted.

—Sepamos ante todo el nombre de la agraciada.

—Se llama Clotilde de Lostan.

—¡Ah, diablo! no tiene usted mal gusto, querido baron.

—Recuerde usted, señor conde, que usted fué el que me hizo fijar la mirada en esa jóven.

—Es cierto, y usted recordará que puse de mi parte todo cuanto pude para que lograra una victoria completa.

—La que no conseguí, gracias á su ahijado de usted Daniel; la que no conseguiré nunca, si usted continúa protegiendo al audaz lugareño que se atrevió á cruzar su espada con la mia.

—¡Oh! en cuanto á ese rival, debe inspirarle á us-

ted poco miedo,—contestó el conde sonriéndose.—Clotilde no será nunca su esposa, yo lo juro.

—Entonces concibo la esperanza de vencer los frios desdenes de esa encantadora muchacha. Con los millones de mi tío y la protección del conde de la Fe, el triunfo será mío.

El conde demostró cierta reserva con Ernesto: á nada absolutamente se comprometió, porque en aquel instante ignoraba si podía utilizar en provecho de su querida venganza las pretensiones del baron de Labra.

Ernesto permaneció media hora más en el despacho del conde, el cual le dió su palabra formal de no revelar á su tío sus calaveradas inconvenientes.

Luego se despidieron.

Cuando el conde se quedó solo, permaneció algunos instantes inmóvil, meditabundo, y por fin, agitando la cabeza, se dijo hablando consigo mismo:

—¡Quién sabe! tal vez podrá convenirme que Ernesto pida la mano de Clotilde. Allá veremos.

Y continuó leyendo su periódico.

—Entonces concibo la esperanza de vencer los frios de adanes de esa encantadora muchacha. Con los millo- nes de mi tío y la protección del conde de la Fe, el triunfo será mío.

El conde demost... con Ernesto: é nada absolutamente se con... ómético, porque en aquel instante ignoraba si podía utilizar en provecho de su

Los recuerdos de un viejo alegre

Ernesto, completamente tranquilo y seguro de que el conde de la Fe no revelaría á su tío ciertas particularidades de su vida privada que le honraban poco, regresó al palacio de la Castellana.

Don Joaquin y Zulma el negro se hallaban jugando una partida de ajedrez, y la jugada debía ser tan difícil como grave; pues ambos, con los codos apoyados sobre la mesa, las barbas en las palmas de las manos y las miradas fijas en los peones, parecían dos estátuas de piedra.

Jamás general alguno fijó los ojos sobre un mapa la víspera de una gran batalla, con más profunda atención que don Joaquin y Zulma sobre el tablero que tenían delante.

Ernesto sabía que para un jugador de ajedrez ganar un juego es una cuestión de honra, y nada existe para él, ni la familia ni la patria, ni aun el

peligro de muerte, cuando se presenta una de esas jugadas difíciles que deciden la partida.

Por no enojar á su tío, permaneció sin meter ruido junto á la puerta, esperando que tornara á la vida y á la animacion su cuerpo.

Interrumpirle en aquel momento grave hubiera sido una imprudencia, y Ernesto no queria disgustar á su tío.

Permaneció, pues, más de veinte minutos sin moverse del mismo sitio, reflexionando en silencio hasta dónde llega la reconcentracion de un jugador de ajedrez.

Por fin notó una sonrisa de satisfaccion en los labios de su tío, y un gesto de disgusto en el semblante del negro.

Aquella sonrisa le indicaba que don Joaquín habia resuelto el problema de la jugada.

La fisonomía del millonario iba cambiando rápidamente, y sus ojos dirigian una mirada del triunfo á Zulma.

—Estás perdido, pobre Zulma,—exclamó por fin don Joaquín;—la jugada es mia, y todos tus esfuerzos sólo servirán para quebrarte la cabeza. No hay escape, no hay salvacion; convéncete de ello, y no seas terco.

El negro buscó durante algunos segundos un recurso salvador; pero convéncido de su impotencia, dijo exhalando un suspiro:

—¡Es imposible ganar, y me rindo á discrecion!

Ernesto aprovechó este momento, que le pareció muy oportuno, para avanzar hácia su tío.

—¡Hola! ¿eres tú?

—El mismo en cuerpo y alma.

—¿Cómo te retiras tan temprano? ¿Estás enfermo?

—No, señor, gracias á Dios.

—Entonces...

—Es que tengo que darle á usted una buena noticia, y no he querido retardarla. Vengo de casa del conde de la Fe.

—¡Ah! ¿y qué dice Fernando?

—Ha llegado esta mañana, y tiene muchos deseos de dar á usted un abrazo. Yo me he tomado la libertad de anunciarle la visita de usted para mañana.

—No faltaré. Tengo yo tambien grandes deseos de verle, de darle un apretado abrazo y recordarle nuestras mocedades. ¡Oh! tú aún eres jóven, hijo mio; para tí no ha llegado todavía la vida de los recuerdos, poema encantador de la vejez, que se recita con frecuencia junto al hogar en las veladas de invierno.

—Tambien los jóvenes tenemos recuerdos, querido tio.

—Sí, sí, pero el calor del presente enfria el pasado. ¿No es verdad, Zulma?

El negro, á quien consultaba con frecuencia su amo, nunca se habia tomado la libertad de contradecirle; así es que contestó como siempre.

—¡Oh! ¿quién lo duda?

Y como los peones se hallaban ya formados sobre el tablero, Zulma se permitió dirigir esta pregunta á su amo.

—¿Jugamos otra partida?

—¡Hola! ¿quieres la revancha? Con tu permiso, Ernesto, con tu permiso, voy á darle una leccion á este moreno.

El baron de Labra, comprendiendo que se aburriria ménos en otra parte que viendo jugar á su tio, le dejó con su ajedrez y con su negro, y salió de la habitacion.

Don Joaquin de Labra tenia la buena costumbre de madrugar, y como es sabido que los viejos tienen muchas particularidades de los niños, se levantó á las ocho de la mañana y comenzó á sentir una viva impaciencia y un gran deseo de abrazar á su antiguo y querido amigo el conde de la Fe.

Lo primero que se le ocurrió fué coger la pluma y escribir esta carta:

«Querido conde: cuando dos amigos como nosotros, despues de veinte años de ausencia, vuelven á encontrarse, tienen sobrado motivo para echar una cana al aire y brindar por los tiempos pasados con una copa de buen vino de Borgoña en la mano, de ese vino que calienta la sangre de los viejos y alegra el corazon.

»¿Quieres almorzar conmigo? ¿Quieres que vaya yo á almorzar contigo? Te ruego que contestes á estas preguntas, y espero con impaciencia tu contestacion.

»Tu antiguo amigo, que desea abrazarte,

JOAQUIN DE LABRA.»

Don Joaquin llamó á un criado, le entregó la carta, y esperó.

Una hora despues recibia esta contestacion:

«Querido Joaquín: Hoy te daré yo de almorzar; me siento á la mesa á las doce en punto. Te espero. Y mañana me devolverás este almuerzo en tu palacio de la Castellana.»

«Tengo, como tú, grandes deseos de verte y abrazarte.»

«Te quiere de veras tu antiguo amigo,

EL CONDE DE LA FE.»

Esta carta llenó de alegría el corazón de don Joaquín. Pidió el coche para las once en punto, y comenzó á vestirse con el mismo esmero que si se tratara de una cita de amor.

—Quiero que mi amigo Fernando me encuentre joven, me tenga envidia por lo bien que he sabido conservarme,—se decía.

A las diez y media habia concluido su *toilette*, y como el tiempo no corria con bastante precipitacion, bajó al cuarto de Ernesto por ver si queria acompañarle á casa del conde.

Ernesto se hallaba aún en la cama. Recibió á su tío medio incorporado sobre las almohadas y con el sueño suspendido sobre los párpados.

—¿Supongo que no querrás acompañarme?—le preguntó don Joaquín.

—¿Adónde, querido tío?

—A casa del conde de la Fe. Me ha convidado á almorzar.

—Seria yo un imprudente si interrumpiera con mi

presencia la primera entrevista de dos antiguos amigos, que es indudable tendrán muchas cosas que contarse.

—Dices bien.

—Me quedo, por consiguiente, en la cama, y cuanto más, me permitiré ir á tomar con ustedes una taza de café.

—Como quieras.

—¿A qué hora es el almuerzo?

—A las doce en punto.

—Pues entonces yo iré á las tres á buscarle á usted, para que vayamos juntos á ver el caballo que tengo en ajuste.

—Te espero.

—Buen apetito y buena digestion, querido tío.

—Hé ahí dos cosas que no he perdido nunca, á pesar de mis años.

—No olvide usted que el hombre que las posee vive un siglo.

—Dios te oiga, y duerme un poco, porque te se cierran los ojos, por más que haces esfuerzos para tenerlos abiertos.

Y don Joaquin salió riéndose de la habitacion de su sobrino. Ernesto dió una vuelta en su lecho, se acomodó bien, y se dispuso á reconciliarse con el sueño.

A las doce menos cuarto, don Joaquin, verdaderamente conmovido, entraba en el gabinete del conde de la Fe, y este, saliéndole al encuentro, le recibió con los brazos abiertos.

—¡Querido Joaquín!

—¡Querido Fernando!

—¡Estás hecho un pollo!—repuso el conde, contemplando con verdadera satisfacción á su amigo.

—Es que la vida del campo, querido Fernando, rejuvenece notablemente; mientras los que vivís aquí respirando el aire envenenado de las ciudades, haciendo de la noche día y del día noche, acabáis por reñir por la salud y adquirir algún padecimiento crónico, que llena de achaques vuestra vejez.

—Dices bien, querido Joaquín, dices bien; pero cuando se conoce esta equivocación, es por desgracia demasiado tarde. Tú estás mucho más joven, mucho más fuerte que yo, y te felicito por ello.

—Allá en California hacía una vida verdaderamente salvaje. He trabajado mucho, es cierto; pero vencidas las primeras dificultades y lograda la base de mi fortuna, comencé á darme buena vida.

—Pero según me ha dicho tu sobrino Ernesto, has traído á España una fortuna colosal.

—Sí, soy rico, inmensamente rico; ¡qué quieres! en esa pícara América se encuentra el oro á espuestas, y yo llegué con tal oportunidad, que apenas tuve que hacer otra cosa que encorvar mi cuerpo sobre las minas y cogerle á manos llenas. Y mientras otros lo gastaban comprando las caricias de las entretenidas que nos enviaban los especuladores europeos, yo lo guardaba, porque al salir de España había hecho una cruz á las mujeres como al diablo.

—Sin embargo, recuerdo que en otro tiempo ad-

quiriste entre nosotros la fama de pirata callejero.

—Fama que me costó muchos disgustos, algunos lances desagradables y la modesta fortuna que me dejaron mis padres.

—En particular, tu conquista más cara fué aquella célebre bailarina...

—¡Ah! sí, Gissela, la célebre Gissela, la de los cabellos de oro, como la llamaban los periodistas. Era una verdadera preciosidad: bailaba como una ondina, y se bebía una docena de botellas de Champagne cada dos días. Gissela fué el cachetero de mi fortuna. No he vuelto á oír hablar de ella, de lo que me alegro infinitamente.

Y don Joaquin soltó una ruidosa carcajada.

—Te acuerdas,—añadió el conde,—de aquella muchacha modesta, pudorosa, que era hija de un médico?

—¡Ah, sí! con la que estuve á punto de casarme; pero afortunadamente me libró de esta desgracia un comisionista francés, que se escapó una noche con la ruborosa Dorotea, dejándome á mí con un palmo de narices y á sus padres derramando un mar de lágrimas. ¡Oh! aquella aventura fué verdaderamente cómica, y apenas puedo recordarla sin soltar una carcajada. Yo amaba á Dorotea con todo el entusiasmo de mi apasionado corazón, me hallaba dispuesto á hacerla el sacrificio de mi independencia, me disponía á reunir los papeles necesarios para casarme, cuando una noche al llegar á su casa lleno de amor y entusiasmo, me encuentro la familia desolada, con los ojos arrasados en lágrimas, y me dicen de buenas á primeras que la ino-

cente Dorotea se habia fugado con un comisionista. En aquel momento, creo que si cojo al pícaro seductor lo extrangulo entre mis manos; pero luego hubiera querido tener su retrato para encenderle dos luces como al ángel de mi guarda, porque, chico, si me llego á casar con Dorotea, creo que me hubieran sucedido cosas muy graves.

Y don Joaquin continuó riéndose de una manera expansiva.

—Tú tambien, segun parece, te has librado de la pesada cruz del matrimonio.

—Sí, permanezco soltero,—contestó el conde.

—Sin embargo, recuerdo que pocos dias antes de marcharme te preocupaba la idea del matrimonio, y tenias relaciones con una jóven de la aristocracia.

—Esa jóven me olvidó por casarse con otro. Estas inconsecuencias son muy peculiares en la mujer; pero vamos á almorzar, y allí, en derredor de la mesa, continuaremos hablando de nuestros recuerdos.

—Sí, sí, vamos, porque tengo buen apetito, y espero hacer honor al cocinero de mi anfitrión.

Y el conde y don Joaquin, cogidos del brazo, se dirigieron hácia el comedor.

—Te dije sin motivo,—añadió el conde,—pero eso precisamente me sucede á mí.

—Te dije sin motivo,—añadió el conde,—pero eso precisamente me sucede á mí.

—Te dije sin motivo,—añadió el conde,—pero eso precisamente me sucede á mí.

Donde continúa la conversacion de los dos
viejos

—Almorzaremos solos; yo tambien, como tú, carezco de familia: no tengo ni siquiera un sobrino que se sienta á mi mesa y me dé un poco de conversacion,—dijo el conde, apoderándose de una silla.

—; Ah, querido Fernando! Algunas veces se echa de ménos la familia,—contestó don Joaquin.

—Yo nunca: me he acostumbrado á la soledad, al silencio; vivo encerrado en mi concha y rodeado de libros; el ruido me molesta.

—; Quién sabe!... Tal vez tengas razon.

Y como don Joaquin pronunció estas palabras con triste acento, el conde exclamó:

—Almorcemos sin ocuparnos de cosas tristes.

—Sí; almorcemos; en la mesa debe reinar la alegría.

Los dos amigos comenzaron á almorzar alegremente.

Apenas trascurrian dos minutos sin que se dirigieran una pregunta, que les recordaba su juventud.

—El hombre, querido Fernando, no debería envejecer nunca,—dijo don Joaquin.—Trabaja, se afana por enriquecerse, y cuando logra su deseo, cuando ve satisfecha su ambicion, entonces se encuentra que ya no puede disfrutar de la vida, porque es un pobre anciano: eso precisamente me sucede á mí.

—Te quejas sin motivo,—añadió el conde,—pues te encuentras aún fuerte y sano.

—La naturaleza, por muy fuerte, por muy vigorosa que sea, comienza á descomponerse á los sesenta y cuatro años, y esa es mi edad; antes de mucho, no podré beber Borgoña, ni tomar café ni fumar un buen tabaco.

—¿Pero hoy aún no te privas de esas tres cosas?

—No, gracias á Dios; aún tengo la felicidad de hacer buenas digestiones; esto alegra un tanto mi espíritu y me da fuerzas para esperar la época de los achaques.

—Te veo, amigo Joaquin, inclinado á los dulces goces de la familia, y nada me extrañaria que se te ocurriera casarte el dia ménos pensado.

—Libreme Dios á mis años de semejante pensamiento: mi sobrino es el que, segun parece, desea tomar esta lo; y á propósito, tú debes conocer á la señora de sus pensamientos.

—¿A la hija del general Lostañ?

—La misma; ¿qué opinas tú de esa muchacha?

—Es un buen partido.

—Mi sobrino asegura que es la perfeccion misma

bajo todos puntos de vista; pero no debe darse crédito á las apreciaciones de los enamorados. Todo lo exageran de un modo lastimoso. ¿Qué enamorado cree que su amada es un demonio? Ninguno.

—Sin embargo, preciso es hacerle justicia en esta ocasion á Ernesto, porque Clotilde Lostan es una jóven perfecta.

—En fin, lo creo porque tú me lo dices, y pediré con mucho gusto al general Lostan la mano de su hija para mi sobrino.

—¿Conoces tú á Lostan?

—Fuimos amigos en otro tiempo, cuando era teniente coronel y no tenia más fortuna que su espada y su audacia.

—Hoy es marqués y rico. Cuando vayas á visitarle, probablemente le encontrarás bastante cambiado.

—¿Se ha enorgullecido?

—Un poco.

—Tanto peor para él, porque los hombres orgullosos tienen pocos amigos.

El almuerzo continuó, y los dos amigos hablaron de muchas cosas, que nada tienen que ver con la presente historia.

Además, ciertos recuerdos de don Joaquin eran de un verde tan subido, que al referirlos en estas páginas podrian causar repugnancia á nuestros lectores.

Un viejo alegre y solteron que se entrega á los recuerdos despues de almorzar, con una copa de *Champagne* en la mano, es temible, sobre todo para los oidos castos.

El conde hablaba poco, pero se reía de los relatos de su amigo. Bienes verdad que el conde, cuyo corazón habían secado los desengaños, y que á nadie amaba en el mundo, mientras su amigo refería sus pasadas aventuras, él meditaba el partido que podría sacar de las pretensiones de Ernesto á la mano de Clotilde.

El conde, á pesar de su excepticismo, tenía una buena condición: no faltaba nunca á sus juramentos, ni á sus promesas.

Nada ambicionaba tanto como la venganza; por satisfacerla á su gusto, hubiera dado la mitad de los días que le quedaban de vida; pero había jurado no revelar á nadie el crimen del general, y aunque aquel secreto le ahogaba, no salía á sus labios.

Desbaratados sus planes, tal vez por la Providencia, en la que el conde no creía, aconsejado por la rabia y la desesperación, tuvo un momento allá en las orillas del lago Lemán, que pensó publicar en los periódicos la criminal historia de Lostan. Pero afortunadamente supo contenerse, y volvió de nuevo á meditar otro plan de venganza.

Daniel y Clotilde, precisamente la misma noche que debían casarse matando á su padre de desesperación y de vergüenza, se habían reconocido como hermanos. Este golpe le aturdió; pero no tardó mucho en renacer la calma en su frío corazón; y se dijo:—Buscaré otro camino que me conduzca á la venganza que anhelo.

El tiempo, sin embargo, pasaba, y el conde no hablaba el modo de vengarse sin faltar á su palabra.

Cuando Ernesto le manifestó su pensamiento de casarse con Clotilde con el poderoso auxilio de los millones de su tío, concibió la idea de que aquel libertino, malgastador y vicioso, le sirviera de instrumento para su venganza.

—En último resultado,—se dijo,—las pretensiones de Ernesto causarán alguna molestia á Lostan, que ni él ni Clotilde, ni la orgullosa marquesa, recibirán con gusto al baron pretendiente, cuyos vicios conoce todo Madrid, excepto su tío, que es á quien más le interesaría saberlo.

Terminado el almuerzo, el conde mandó que les sirvieran el café en su despacho, adonde se dirigió dándole el brazo á su amigo.

Sabido es que el conde tenía la costumbre de tomar una copa de ron quemado después del café, y que la calavera de Margarita servía para esta operación.

Un criado lo dispuso todo: llenó de ron la taza de plata que coronaba el cráneo de Margarita, y le pegó fuego.

A don Joaquin le hizo gracia aquella copa de tan extraña como tétrica forma, y dijo:

—Es un verdadero capricho; mandaré hacer una copa de esa forma.

—No la he mandado hacer yo, querido Joaquin,—contestó el conde.

—¿Pues quién?

—El gran Artífice del mundo. La Naturaleza.

- ¡Ah, diablo! es una calavera de veras.
- Sí.
- ¡Un cráneo insepulto y blanqueado por los años!
- Sí, un cráneo humano, como lo será tu cabeza y la mía dentro de algunos años.
- Pues permite que te diga que ahora me parece más raro el capricho; ¿pero quién te proporcionó esa calavera.
- La compré cuando aún se hallaba sujeta á los hombros de una mujer, y la mandé separar del tronco como un recuerdo.
- ¿Luego tú la has conocido cuando la reanimaba un alma y la embellecía la vida y la carne?
- Sí, fué amiga mía,—contestó el conde sonriéndose.
- Desde ahora apuesto doble contra sencillo, que esa calavera tiene su historia.
- Y muy dramática, amigo mio.
- Entonces, reclamo que me cuentes esa historia mientras tomamos café.
- ¡Ah! no haré semejante cosa, porque la digestion de mis huéspedes es para mí sagrada, y la historia de la mujer á quien perteneció ese cráneo levanta el estómago.
- Tus palabras promueven y excitan mi curiosidad; pero no insisto, pues comprendo que te causa una violencia referirla.
- Y como en este momento un criado anunció al baron de Labra, el conde, dirigiendo una mirada hácia la puerta, dijo:

—Llega usted á tiempo de tomar café, Ernesto.

Ernesto estrechó las manos del conde y de su tío, y sentándose junto al velador, dijo:

—Acepto con mucho gusto, si es que no interrumpo con mi presencia la vida de los recuerdos de dos antiguos amigos.

—Las historias se acabaron,—contestó el conde;— tomemos café.

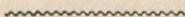
LIBRO QUINTO

ABNEGACION

LIBRO. QUINTO



ABNEGACION



CAPÍTULO PRIMERO

Un alma generosa

Daniel llegó á Madrid, y fué á hospedarse modestamente en su antigua casa de huéspedes de la calle Ancha de San Bernardo.

La señora Aquilina le vió entrar por las puertas de su casa con gran regocijo de su corazón, porque amaba á su buen huésped Daniel como si fuera su hijo.

—¿Usted por aquí, señorito Daniel? ¡Ah, cuánto me alegro!

—Sí, amiga mia; vengo de hacer un viaje por el extranjero, pienso permanecer pocos dias en Madrid, y quisiera que usted me concediese hospitalidad.

—¡Pues es claro que se la concedo á usted! ¡no faltaba otra cosa! aunque tuviera que echar á la calle á todos mis huéspedes. Porque usted es el amo, y con esto basta. Pero afortunadamente no hay necesidad de eso, pues tengo desalquilado el gabinete y la sala.

Y dirigiéndose á los mozos del ferro-carril, que llevaban el equipaje, añadió:

—A ver, entren ustedes por aquí las maletas. ¡Vaya, vaya, y cuánto me alegro de ver á usted por esta su casa!

Daniel conocia á su patrona doña Aquilina, y sabia que en soltando la sin hueso, no sabia hacer nunca punto final.

Jamás lengua femenina se movió con tanta facilidad dentro de la boca, como la lengua de doña Aquilina.

Por eso Daniel, cuando vió en la alcoba el equipaje, pagó á los mozos y dijo:

—Doña Aquilina, ya sabe usted mi costumbre: almorzaré á las once y comeré á las siete, y en cuanto á la comida, lo mismo que siempre. Ahora, con su permiso, voy á lavarme y á vestirme, pues tengo que hacer algunas visitas.

Y dicho esto, volvió la espalda á la patrona y entró en su gabinete, cerrando la puerta y dejándose caer en una butaca.

Daniel habia hecho el viaje de Ginebra á Madrid sin detenerse en ninguna parte; pero á los veintiun años se resiste la fatiga y se duerme bien, viajando en ferro-carril y en coche de primera.

Al dejarse caer en la butaca, más que el cansancio del cuerpo, era el del espíritu el que le abrumaba.

Durante el viaje habia meditado mucho su situación, y habia leído varias veces el manuscrito de su madre.

Su resolución era firme, inquebrantable; iba á re-

tirarse á su modesto pueblo de Horche, y estaba dispuesto á salvar á Clotilde sacrificando su porvenir.

Para asegurar la felicidad de su hermana y la paz del espíritu de su padre, Daniel estaba decidido á llevar á cabo una entrevista con la marquesa del Rádío.

Esta entrevista le causaba gran violencia, era para él un sacrificio inmenso. Pero era preciso, indispensable, y en ella debia demostrar á la orgullosa dama toda la grandeza de su alma, toda su generosidad, todo su heroico desprendimiento.

Antes de partir para Horche, pensaba tambien hacer una visita á Blanca y á su madre. A Blanca, cuyo amor secreto habia sorprendido, y por la que hubiera dado su vida, pero á la que no podia darle su corazon.

Daniel permaneci6 durante treinta minutos inm6vil en la butaca; pero por fin, levantando la cabeza, dijo hablando consigo mismo:

—Es preciso, y quiero terminar cuanto antes; tengo ya deseos de instalarme en mi retiro. Allí, al menos, nadie verá mis lágrimas ni oirá mis sollozos, porque los buenos y antiguos criados que allí me esperan son ciegos y sordos, que es como yo los necesito en este período de dolor y de amargura.

Y sonriéndose tristemente, aadi6:

—No me faltará valor; se trata de la felicidad de mi hermana, y por mis venas circula la generosa sangre de mi madre.

Daniel comenz6 á vestirse con gran esmero, y casi de rigurosa etiqueta, sólo que en vez del frac se puso una levita negra.

Tenia un magnífico y rico equipaje, y se había acostumbrado á llevar la ropa con gran distincion y elegante soltura.

Jamás se habia mirado al espejo con tanto cuidado, nunca habia sentido como en aquel momento el deseo de parecer bien á la señora marquesa, á quien iba á visitar.

Quando doña Aquilina le vió salir del gabinete, no pudo ménos de mirarle con cierta satisfaccion; porque un huésped de aquel porte honraba la casa.

—¿Pues qué, no almuerza usted antes de salir?—le preguntó.

—No tengo absolutamente gana de nada. Sin duda esta inapetencia será porque me he desayunado esta mañana, no recuerdo en qué fonda del camino de hierro; pero pierda usted cuidado, que esta tarde comeré con buen apetito.

—En fin, como usted guste; pero el almuerzo estaba dispuesto, y que hubiera sido indudablemente del gusto de usted: tenia preparado un bistek, huevos, frutas, y como extraordinario por su llegada, una langosta á la mayonesa.

—Mucho siento haberla hecho trabajar tanto; pero luego comeré la langosta.

Y como Aquilina se disponia á tomar la palabra, Daniel se dirigió hácia la puerta, diciendo:

—Hasta luego. Volveré á las cinco de la tarde.

Y salió de la casa.

Daniel tomó un coche de plaza en el primer punto que halló á su paso, miró el reloj, eran las doce y me-

dia, dió al cocheró las señas de la casa del general Lostan, y entró en el carruaje.

Algunos minutos despues, el coche se detenia delante del lujoso palacio del marqués del Rádío.

Daniel bajó y preguntó al portero por la señora marquesa.

—La señora marquesa no está en casa,—contestó el portero.

—Y tendria usted la bondad de indicarme á qué hora tendré el honor de poder verla.

—En Madrid es bastante difícil.

—Pues qué, ¿no ha regresado ya de su viaje?—

—Sí, señor, hace unos días.

—¿Pues entonces?...

—Es que la marquesa, apenas llegó, volvió á marcharse á su quinta de Chamartin, donde puede usted verla, si es que le interesa y ella se digna recibirle.

Esto era un contratiempo para Daniel; pero no le arredró.

—Tendria usted la bondad de indicarme las señas de la quinta de la señora marquesa.

Y Daniel, para interesar más al portero, añadió:

—Acabo de llegar de Ginebra, y traigo un encargo para la señora marquesa de parte del general y de la señorita Clotilde.

—La quinta se halla situada como á cien metros del pueblo por el camino de Madrid; no tiene pierde: verá usted una gran verja que la rodea, y dentro de la verja una muralla de alibuste del Japon y madreselva, para evitar las miradas de los curiosos.

—Gracias, amigo mio,—repuso Daniel saludando.

Y luego, dirigiéndose al cochero, añadió:

—Tiene usted inconveniente en llevarme á Chamartin.

—Ninguno, si se me paga bien; pues ya sabe usted que Chamartin se halla fuera del rádio de la tarifa.

—Pagaré á usted las horas á precio de tarifa, y luego daré á usted cinco duros de propina.

—Ya estamos andando, señorito. Afortunadamente hace media hora que he remudado el caballo, y es un buen animal; llegaremos pronto.

—Eso es lo que deseo.

Ernesto subió al coche, que tomó al trote por el Prado el camino de Chamartin.

CAPÍTULO II

Una escena difícil

Una hora despues, el coche se detenía ante la puerta de hierro de la quinta de la marquesa del Rádio.

Daniel bajó del coche, y como la verja estaba cerrada, dirigió una mirada á través de los hierros, buscando á quién preguntar.

Por fin, vió venir por una ancha y hermosa calle de sinamomos á un hombre con unas enormes tijeras en la mano, que debía ser jardinero por su traje campesino.

Daniel le llamó, y el hombre de las tijeras se detuvo, miró hácia la verja, y dijo desde lejos:

—¿Qué se le ofrece á usted?

—¿Vive en esta quinta la señora marquesa del Rádio?—preguntó Daniel.

—Sí, señor.

—Pues tenga usted la bondad de abrir la verja, pues deseo verla.

—Eso no es fácil, porque la señora recibe á pocas personas, y como yo no tengo el gusto de conocer á usted...

—Dice usted bien; pero supongo no tendrá usted inconveniente en pasarle una tarjeta.

—Bien, se la entregaré á una de sus doncellas.

Daniel escribió en el dorso de la tarjeta: «Ruego á la señora marquesa conceda algunos minutos de audiencia á su seguro y respetuoso servidor.»

Daniel entregó la tarjeta al jardinero por entre los hierros de la verja, y aunque le disgustaba aquella falta de consideracion, hija más bien de la desconfianza del jardinero que de las órdenes de la marquesa, se puso á dar paseos por delante de la puerta.

Algunos minutos despues, vió venir hácia la puerta por la calle de sinamomos al hombre de las tijeras. Caminaba de prisa, lo cual indicó á Daniel que se le iba á permitir la entrada.

Y efectivamente, el jardinero abrió la verja, y quitándose la gorra con cierto respeto, dijo:

—Entre usted, caballero.

Daniel y el jardinero se dirigieron hácia la casa, que se hallaba al extremo de la calle de sinamomos.

Allí, junto á la puerta, se hallaba esperando una señora anciana: era doña Remedios, que al ver á Daniel le dijo:

—La señora marquesa espera á usted; tenga la bondad de seguirme.

Daniel siguió á doña Remedios sin hablar una palabra.

Subieron al piso principal, cruzaron la antesala y varias habitaciones, hasta llegar á un gabinete, amueblado con tanto lujo como severidad.

—Ruego á usted que espere algunos instantes,—dijo doña Remedios;—voy á avisar á la señora marquesa.

Daniel se quedó solo. Dirigió una mirada en derredor suyo, y se estremeció; sus ojos se habian fijado en un retrato de medio cuerpo, pintado al óleo; era el de Clotilde. El pincel del pintor habia sido diestro al trasladar al lienzo la hermosa cabeza de su hermana.

Era una verdadera obra de arte aquel retrato, verdad, delicadeza de dibujo, arte, todo lo poseia aquel lienzo.

Daniel permaneció algunos segundos verdaderamente extasiado ante aquel retrato, hecho indudablemente algunos años atrás, pues Clotilde allí apenas representaria de doce á trece años.

Cuando Daniel hubo contemplado con cierta adoracion el retrato, exhaló un suspiro, y apartando los ojos del cuadro, dirigió maquinalmente una mirada en derredor suyo.

Aquel gabinete estaba amueblado con una severidad muy en carácter con la marquesa del Rádío.

Su alfombra era de rico paño antiguo de Granada, fondo verde oscuro; las paredes, forradas de papel paño del mismo color de la alfombra, con las escocias color corinto; la sillería de terciopelo, verde tambien, con molduras de roble oscuro, y un precioso piano de Pleyer, de madera de ébano.

Una lámpara de cristal opaco, color violeta con pequeñas estrellas blancas, colgaba del techo.

La chimenea era de mármol negro de Bélgica, y el reloj y los candelabros de bronce antiguo.

No podía darse nada más elegante, más rico, más severo.

Apenas habia reconocido todos estos objetos con la vista Daniel, cuando oyó una ligera tos, que le hizo volver la cabeza hácia la puerta, y vió á la marquesa del Rádio, que acababa de entrar en el gabinete.

Doña Beatriz vestia un traje completamente negro, que aumentaba la severidad de su pálido y triste semblante.

En la mirada de aquella mujer, dominada siempre por el orgullo, se notaba cierta dureza, que hacia huir de ella las simpatías.

Doña Beatriz avanzó con la frente altiva hácia donde se hallaba Daniel, pasó por su lado saludándole con un ligero movimiento de cabeza, y despues de sentarse en un sillón con la majestad que pudiera hacerlo una reina, dijo con seca y fria entonacion:

—Dispense usted, caballero, si le he hecho esperar.

—Yo soy el que debo pedirle á usted perdon, señora marquesa, por la molestia que pueda causarle mi visita; pero la he creido necesaria, no para mí, porque bien sabe Dios que me ocupo poco de lo que conviene á mi persona.

La marquesa fijó una mirada penetrante en Daniel, una de esas miradas que parecen tener empeño en leer hasta en el fondo más recóndito de la conciencia.

OBRA TERMINADA

LAS FABULAS DE ESOPHO

Y DE GOTOLOO, FERVAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMÁN

POR

D. JOAN EUGENIO HARTZEMBUCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECIOSAS DE UN LIBRATO CRITICO SOBRE LA FÉBULA, Y DE NOTICIAS MORALES
Y LAS SOBRE LOS OTROS AUTORES

MAGNIFICA EDICION ILUSTRADA CON MÁS DE CINCO PRECIOSISIMOS GRABADOS
DIBUJADOS Y LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS

La opinión que ha merecido de la prensa en general este precioso libro
nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo si decimos, que forma un ele-
gante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en
rico papel avileñado.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustración de algunas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLAZA

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN NIÑO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADREVESE

Magnífica ilustración de algunas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado
artista D. EUSEBIO PLAZA.

OBRA TERMINADA

LAS FÁBULAS DE ESOPPO Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMAN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICION ILUSTRADA CON MÁS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS
DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS

La opinion que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo si diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi fólío, en rico papel avitelado.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.